

HOMENAJE A DON PEDRO MUGURUZA OTAÑO

En la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid se ha celebrado un acto de homenaje en honor del arquitecto don Pedro Muguruza con motivo de la institución de la cátedra Muguruza en la citada Escuela. El arquitecto Pascual Bravo, profesor de la misma, leyó este discurso en memoria del ilustre arquitecto fallecido.

Al encomendarme nuestro director la tarea de pronunciar unas palabras en este acto, en honor del que fué ilustre profesor de esta Escuela y glorioso capitán de la Arquitectura española, Pedro Muguruza, me asaltaron simultáneamente una alegría y un temor. Una alegría, porque esta ocasión me deparaba la oportunidad de rendir públicamente mi modesto pero entusiástico homenaje a la figura de quien, a lo largo de mi vida, ha sido uno de mis más entrañables amigos y uno de mis más admirados compañeros. Y un temor, porque este mismo cariño y esta misma admiración podían ser obstáculos que empañasen la claridad de mi pensamiento y restasen a mis palabras la altura requerida por la solemnidad de este acto y por su profundo significado. Por ello necesito encomendarme a vuestra benevolencia. Por ello y por algo más. Difícilmente podría, al hablar de Muguruza, eludir recuerdos personales. Si a alguno he de referirme, no habéis de ver en ello más que mis deseos de haceros llegar más íntimamente a la raíz de su personalidad y de su espíritu.

Y empiezo precisamente por un recuerdo personal.

Una tarde del mes de octubre de 1913, mi primer curso como alumno oficial de la Escuela de Arquitectura, en aquel viejo portalón de la vetusta Escuela de la calle de los Estudios, me crucé con otro alumno,

que se detuvo para saludar al amigo que me acompañaba, también recién ingresado como yo. Nuestro interlocutor era un fornido mozo, de complexión atlética, de mirada franca y expresiva y de simpática locuacidad. A petición de mi compañero, el joven atleta, a quien ya empezaba a mirar con cierto respeto, no solamente por su corpulencia, sino también porque me enteré de que ya cursaba el tercer año de carrera, nos mostró un álbum de apuntes que llevaba bajo el brazo. La contemplación de aquella serie de dibujos, realizados con soltura y elegancia incomparables, me causó la más asombrosa impresión, impresión que, al cabo de los años, he conservado con la misma nitidez del hecho recién acaecido.

No se le ocultó al mozo el efecto que sus dibujos me producían, y, con simpática llaneza, me pidió que le mostrase los míos. Con cierto rubor le enseñé mi álbum, que recorrió detenidamente, prodigándome elogios (no debía decirlo) y, lo que más agradecí, valiosos consejos. Con ese velo con que la vida nos oculta a veces la trascendencia de hechos al parecer nimios, en aquel momento no podía darme cuenta de que nacía entre Pedro Muguruza y yo (pues no era otro nuestro interlocutor) una amistad que había de ejercer en mi vida un extraordinario influjo, amistad que los años



Apunte de la plaza de Trujillo. Cáceres.

habían de acrecentar y que solamente la muerte ha podido interrumpir.

Si os he relatado este mi primer contacto con Muguruza sólo ha sido porque en este sencillo hecho se acusa como nota dominante una de las características más destacadas de nuestro llorado amigo: sus asombrosas dotes de dibujante extraordinario. De fertilidad inagotable, sus dibujos obedecían a las más diversas tendencias y las más variadas técnicas. Unos, ligeramente croquizados, frescos, espontáneos, vigorosos, sugestivos. Otros, medio simbólicos, medio realistas, apretadamente elaborados con la precisión de un prerrafaelista. Dibujaba con asombrosa rapidez y seguridad, y era tal la agudeza de su percepción, que sus impresiones de toros, de bailes rusos o españoles, de escenas callejeras, realizados casi siempre con apuntes directos, tenían el valor de auténticas instantáneas.

Otro tanto podríamos decir de sus croquis o sus dibujos arquitectónicos. Con clara intuición y certero trazo iban surgiendo de su lápiz, como si no fuese su fantasía la que los inspirase, sino una pauta que, invisible para los demás, guiase su mano por el blanco papel.

Rara vez se ayudaba de trazados científicos para realizar un dibujo en perspectiva. Bastábale su instinto de gran dibujante para que, sin vacilaciones, fuesen surgiendo las líneas de la perspectiva con la misma corrección geométrica que si obedeciesen a laboriosos tanteos y complicados trazados. Solamente una inteligencia y

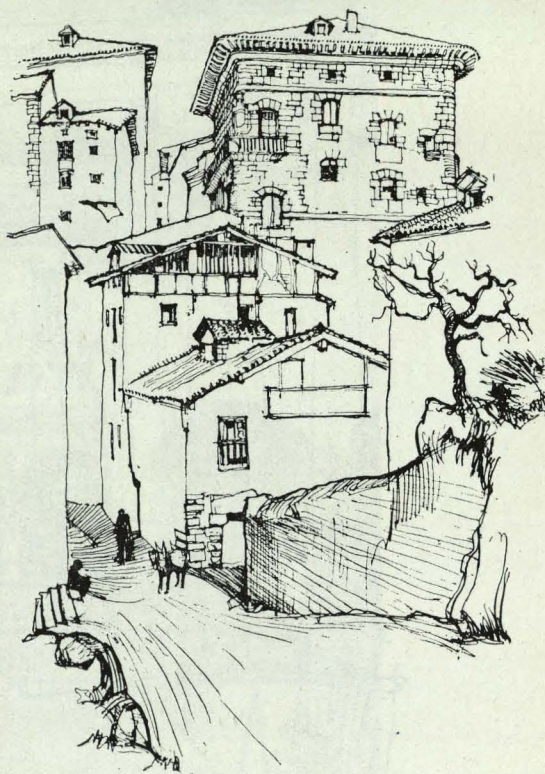
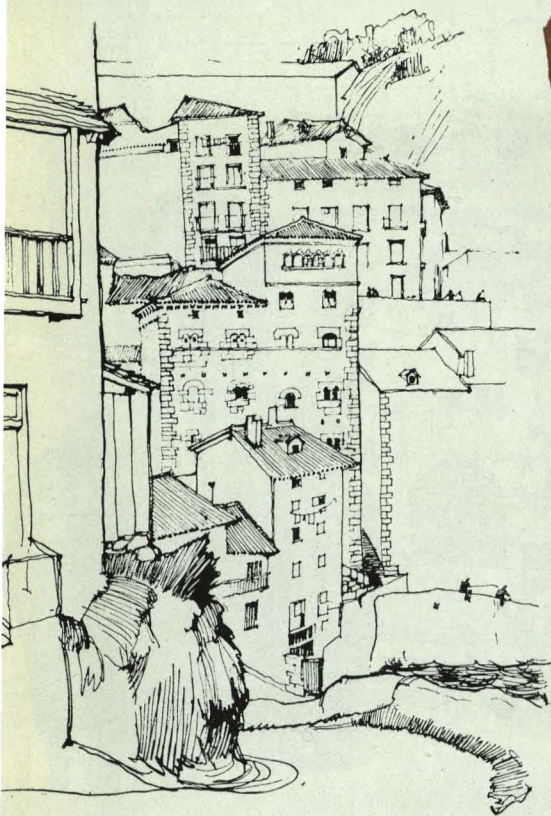
un ojo tan entrenados como los suyos podían llegar a conseguir, con tan sencillos medios, unos dibujos de tanta fuerza expresiva.

Claro está que no fueron solamente estas dotes de genial dibujante las que le condujeron a la cima de su triunfal carrera.

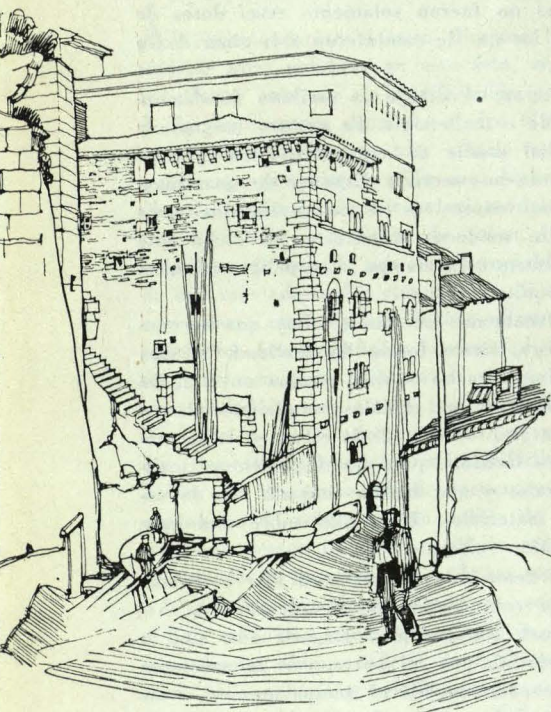
Para el arquitecto, el dibujo es atributo fundamental, imprescindible e inalienable. Es nuestro lenguaje y nuestro primordial medio de expresión. Pero ello no nos basta. De nada nos serviría disponer de unas magníficas condiciones expresivas si nouviésemos nada que expresar. Un moderno arquitecto ha dicho que "dibujar es, realmente, la trampa más peligrosa en el campo de la Arquitectura".

Sin aceptar plenamente este aserto, hay que reconocerle, sin embargo, cierto fondo de realidad. Si esta trampa existe, Muguruza no se dejó atrapar en ella. De ese peligro le libraron sus geniales condiciones de arquitecto nato: un gran sentido de la escala y de la proporción, una gran facilidad para las disposiciones orgánicas y estructurales y una íntima simpatía con la naturaleza de los materiales. Todo ello sobre una base de sólida y amplia cultura.

Quizá sea aún demasiado pronto para fijar el verdadero valor de la contribución de Muguruza a la Arquitectura nacional. No podemos juzgarla aún con la suficiente distancia ni, por mi parte, con la suficiente autoridad. Pero cuando, pasado el tiempo preciso, voces más autorizadas que la mía hagan el análisis de la Ar-



Apuntes del natural.



arquitectura española de la primera mitad de este siglo, seguramente apreciarán que la obra de Muguruza y su influencia en todos los órdenes de la Arquitectura nacional ha sido más decisiva de lo que nosotros mismos sospechamos. Pero si es pronto para estudiar su obra no lo es para estudiar su personalidad humana, tan cercana a nuestros sentimientos, mientras podemos todavía, sus amigos, medir la importancia de nuestra pérdida.

Nació Muguruza en Madrid, el año 1893, en la calle de Goya, frente a la casa de la Moneda. De padres vascos, su accidental nacimiento en Madrid no alteró lo más mínimo sus características raciales y temperamentales, fundamentalmente vascas. Fué un vasco integral, vasco por los cuatro costados, con todas las virtudes de esa vigorosa raza, con ese fondo un poco nebuloso y poético del alma vasca y con ese tesón y energía que les ha hecho siempre capaces de llevar a cabo las más grandes empresas.

Terminó el bachillerato en Madrid, cargado de sobresalientes y matrículas de honor, e inmediatamente surgió el problema familiar de la elección de carrera. Sus excelentes dotes artísticas y su apasionamiento por la pintura, que practicaba en el estudio de D. Emilio Sala, y por la escultura, que igualmente practicó con don Lorenzo Coullaut Valera, le llevaron a pensar en dedicarse francamente a la pintura, pero el realismo de su padre, el ilustre ingeniero de Caminos don Domingo Muguruza, le hicieron cambiar de ruta, y, felizmente



Perspectiva de un hotel en Cádiz.

para la profesión, le inclinaron hacia la carrera de Arquitecto.

De su actuación como alumno de la Escuela podría hablarlos horas seguidas. Muchos le habéis conocido en ella, habéis sido sus compañeros y recordaréis, igual que yo, lo que Muguruza significaba para todos nosotros. Artísticamente le considerábamos como una especie de oráculo, pendientes siempre de sus trabajos, cuyo desarrollo seguíamos con verdadera admiración, y cuya actuación brillantísima constituía para todos un verdadero estímulo. Con su facilidad y su exuberancia, siempre le quedaba tiempo para guiar y aconsejar al compañero indeciso o para ayudar, en las prisas de las últimas horas, al compañero más atrasado o peor dotado.

Al mismo tiempo, Muguruza, cuyas condiciones atléticas descollaban sobre lo corriente, alternaba los estudios con el apasionado cultivo de toda clase de deportes, especialmente el fútbol. Formaba parte del Club Atlético de Madrid, junto con otros alumnos de la Escuela, como Manolo Galíndez, hoy ilustre compañero, e Irazusta, ya fallecido. Era la época heroica del fútbol, cuando el profesionalismo era todavía un fenómeno desconocido, cuando los jugadores se tenían que costear todos los gastos y los partidos se jugaban en un solar cercado por una sencilla valla de madera, ante un público constituido por unos cuantos amigos.

Su afición al deporte la conservó íntegra hasta los últimos años de su vida. Fué nadador infatigable, automovilista experto, amante de las grandes velocidades, esquiador, navegante y, sobre todo, cultivador entusiástico de la pelota vasca.

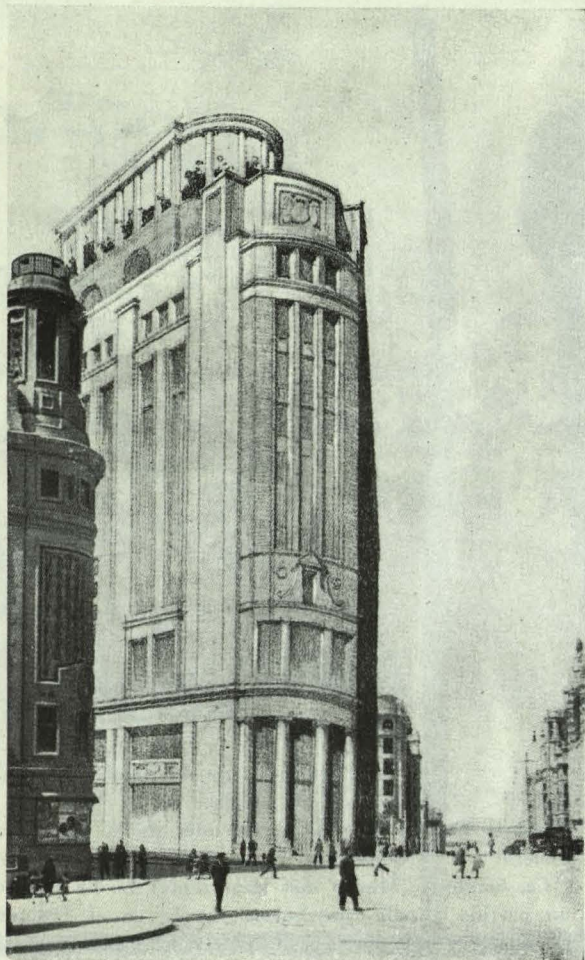
Poco antes de presentársele los primeros síntomas de la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, me decía un día en esta misma Escuela. “¡Vengo eufórico! Acabo de darle un baño a Pepe Moreno.” Pepe Moreno era el entonces Director General de Regiones Devastadas, D. José Moreno Torres. “¿Es que has conseguido que

Regiones Devastadas pase a depender de la Dirección General de Arquitectura?”, le dije yo, bromeando. “¡Ca, hombre! ¡Mucho más importante! Le he ganado un partido a pala que hemos jugado en el Frontón Recoletos...” Hay que reconocer que el espectáculo de un partido mano a mano entre dos Directores Generales no es de los que se presencian todos los días.

Terminada la carrera, Muguruza pasó al estudio de D. Antonio Palacios, aquel genial arquitecto, tan experto catador de valores profesionales. De esta colaboración surgió una mutua y sincera amistad entre ambos artistas, nacida de una extraña mezcla de afinidades y divergencias estéticas. Ambos eran, además de arquitectos de cuerpo entero, pintores notables. Palacios, más colorista, Muguruza, más apretado dibujante, conversadores amenos e infatigables, dotados de un amplio sentido del humor, del buen humor, y de una privilegiada memoria para recordar hechos y personas. Por esa misteriosa afinidad que indudablemente existe entre la música y la arquitectura, ambos eran apasionados entusiásticos de la música, de la que poseían una gran cultura. Palacios tenía mal oído. Muguruza, en cambio, como buen vasco, lo tenía admirable. Sus compañeros recordaréis cómo en aquellos inevitables orfeones que entonces, como ahora, surgían espontáneos en las clases de dibujo, Muguruza llevaba la voz cantante, así como recordaréis aquella rara habilidad que tenía para silbar emitiendo dos notas simultáneamente, habilidad que era la desesperación de los que, en vano, pretendíamos imitarlo.

La fuerza expansiva de Muguruza, los numerosos concursos ganados y el trabajo de encargo que inmediatamente empezó a llegarle, atraído por su creciente fama, hicieron que tuviera que abandonar el estudio de Palacios.

Simultáneamente hizo Muguruza oposiciones a la cátedra del Primer Año de Proyectos de la Escuela de Madrid, oposiciones que ganó brillantemente. Poco voy



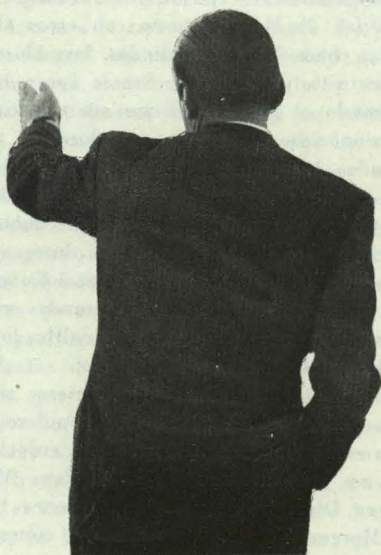
a deciros de Muguruza catedrático. Muchos de los que me escucháis habéis sido sus alumnos, y conocéis tan bien como yo con qué abnegación, abandonando su agobiador trabajo profesional, empleaba sus mejores esfuerzos en el desempeño de la agridulce tarea de enseñar, y cómo era de clara su exposición y de certero su juicio. Nada mejor que transcribir sus propias palabras para dar idea de su visión en este terreno. Escribía en una ocasión Muguruza: "Hay dos fases diversas en nuestra técnica pedagógica: es una, la más asequible a quien enseña, de extender la línea premeditada de sus trascendentes teorías en un nivel uniforme, que resulta ser barrera más que cauce; difícil la otra, de exponer, sencillamente, una verdad pequeña al día y hacerla grata, y llevar a la mente del que aprende la idea de su clara utilidad, engazarla en un sistema donde encuadren y se apliquen las restantes enseñanzas, con ritmo humano, provocando reacciones que permitan al ya casi vencido por la fatiga gozarse y descansar en la ilusión de haber descubierto por sí mismo lo que no es más que una vieja verdad."

Sería interminable y fuera de ocasión hacer un relato completo de la obra profesional de Muguruza. El trabajo particular llovía materialmente sobre su estudio, trabajo que había de simultanearse con sus importantes encargos oficiales, y sería materialmente imposible hacer ni siquiera una ligera referencia a cada una de sus obras. Pero no puedo dejar de referirme a alguna de las fundamentales, por las que el nombre de nuestro compañero habrá de perdurar a lo largo de los tiempos.

No voy a pretender hacer la crítica arquitectónica o puramente estética de su labor; pero para los que sientan esa afición o ese deseo, quisiera restablecer la situación de tiempo y lugar en que esta obra tuvo su iniciación.

Al irrumpir Muguruza en el campo de la Arquitectura española, ésta empezaba a despertar, gracias a los aldabonazos de Palacios, López Otero, Zuazo y algún otro, del plácido sueño en que la tenían sumida las fáciles fórmulas de la época. Pocas eran las preocupa-

Perspectivas para el edificio Carrion en la Gran Vía. Madrid.



ciones estéticas del gran público en el campo de la Arquitectura. El cliente particular, que puede decirse era casi el único que encargaba obras a los arquitectos, no tenía más aspiración ni más elección que la de encargar un edificio que tuviese una fachada de estilo Luis XVI, o de plateresco salmantino, con su inevitable crestería del Palacio de Monterrey. Por otra parte, la arquitectura doméstica en la vivienda aislada se identificaba con un total tradicionalismo de base escenográfica o con una absoluta insulsez. Internacionalmente no contaba, por el momento, más que el expresionismo teutónico de Mehdelsohn y algún otro.

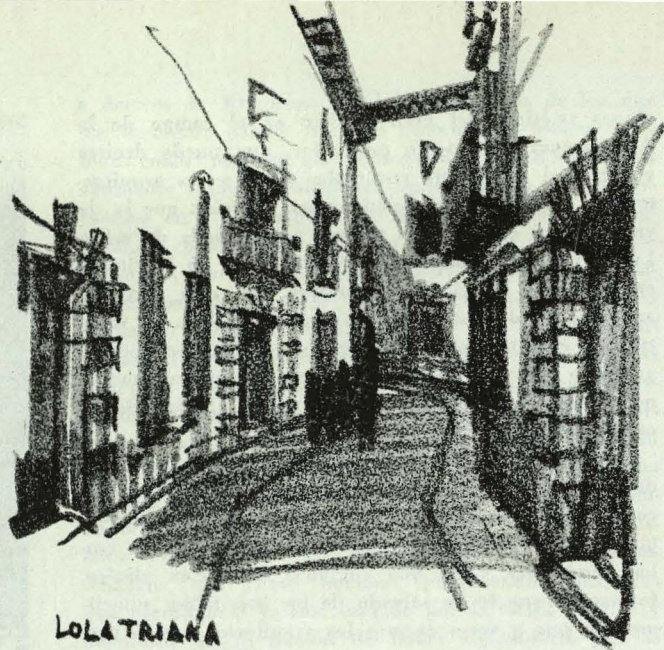
Muguruza, tras de haber pasado por las enseñanzas de López Otero, con su sereno clasicismo y tranquila corrección, y de Palacios, con su romántico monumentalismo, creó su propia personalidad, con raíces en ambas tendencias y en una completa formación clásica, formación que le ha salvado de los inevitables solecismos en que a veces caemos los arquitectos menos preparados.

Fué la época en que brillantemente ganó concursos, como el de la Estación de Francia, en Barcelona, grandiosa concepción, en la que hubo de resolver complicados problemas estéticos y de circulación. El de la Casa de Correos, de Murcia, en el que inició una modernización de la Arquitectura tradicional. El Palacio de la Prensa, en Madrid, proyecto de extrema complejidad, no solamente por su amplio y heterogéneo programa, sino por los escollos de todo orden que tuvo que salvar, derivados del problema de tener que componer un rascacielos sobre un solar de difíciles características, no solamente por su forma, sino por la circunstancia de corresponder sus fachadas a calles en que las alturas autorizadas por las Ordenanzas Municipales son tan dispares. Airosamente resolvió Muguruza su difícil cometido, y ahí dejó un edificio que siempre podrá señalarse como muestra de nobleza y serenidad y ejemplo de lo que hubiera debido ser la arquitectura de la Gran Vía madrileña.

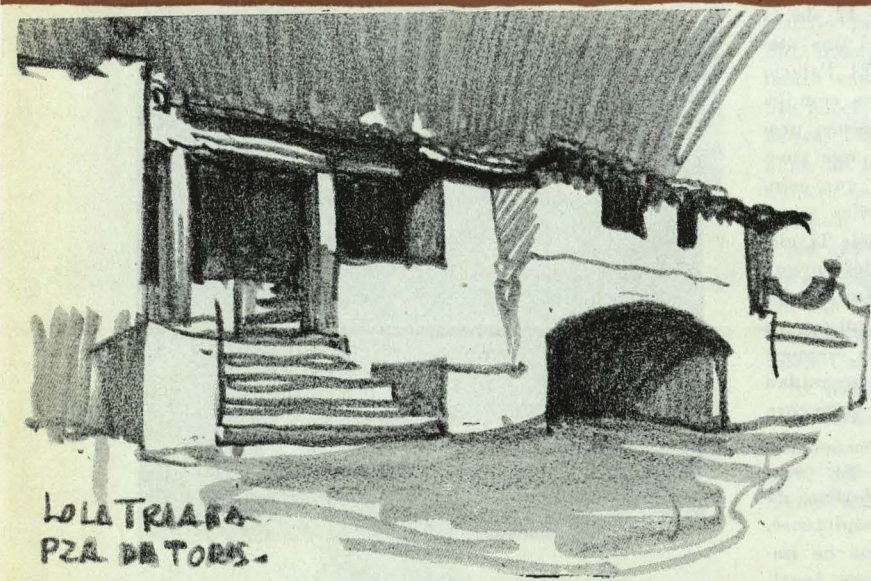
Otra casa notable de la misma época fué la que construyó para el Marqués de Ibarra en la glorieta de Rubén Darío. Inspirado en el plateresco complutense, supo resolver con maestría el arduo problema de imprimir carácter monumental a una casa de pisos. Igualmente notable es el hotel que construyó en la calle de



Perspectivas de un edificio de oficinas en la Gran Vía de Madrid.



LOLATRIANA
C. MADRILEÑA



LOLATRIANA
PZA. D. TORRES.

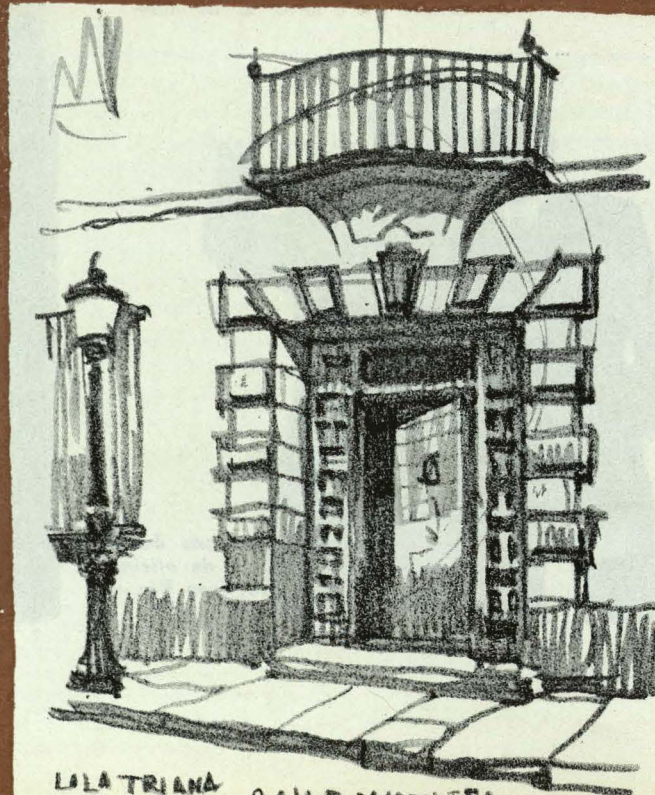
Presentamos en estas páginas unos estupendos bocetos de don Pedro Muguruza para decorados de películas, porque con ellos se da un ejemplo a productores y directores de cine de lo que debían hacer.

No pretendemos con estas palabras "arrebatar" un nuevo campo de actuación profesional, sino contribuir a la perfección de un producto tan importante, desde todos los aspectos, como es la película.

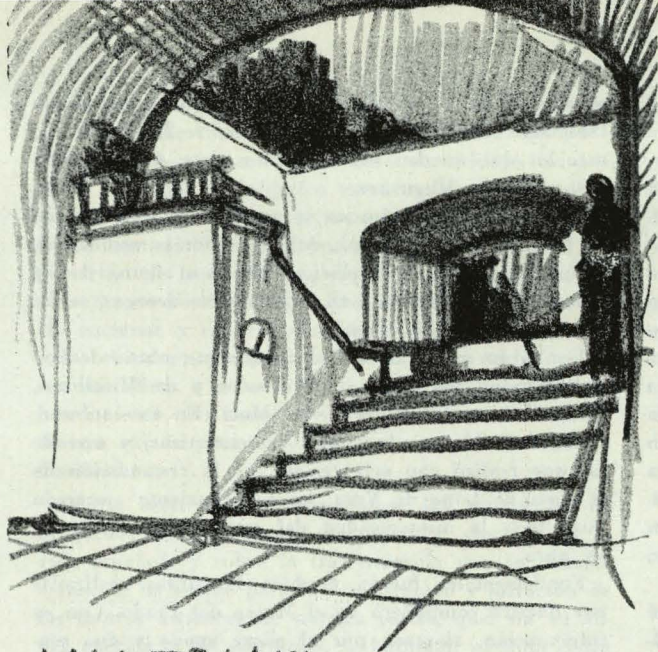
Las gentes que asisten al cine no son, en su inmensa mayoría, profesionales de la edificación; pero la arquitectura de verdad, dentro de la que desarrollan su vida, les ha acostumbrado, visualmente, a los hechos constructivos. Y si en un



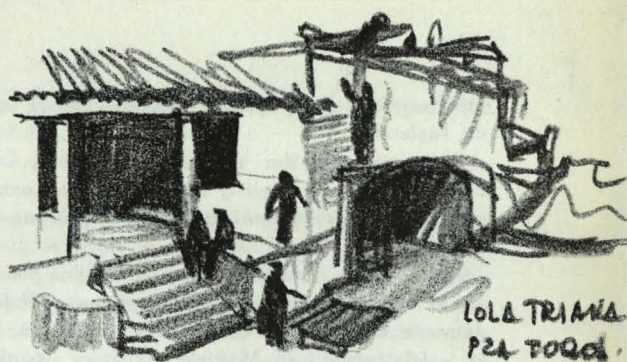
LOLA TRIANA



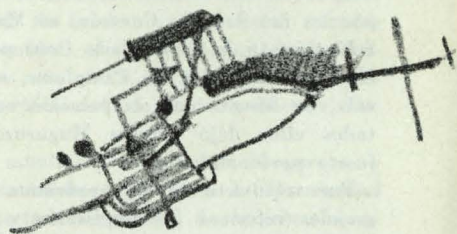
LOLA TRIANA CALLE MADRILEÑA



LOLA TRIANA
EL HALL



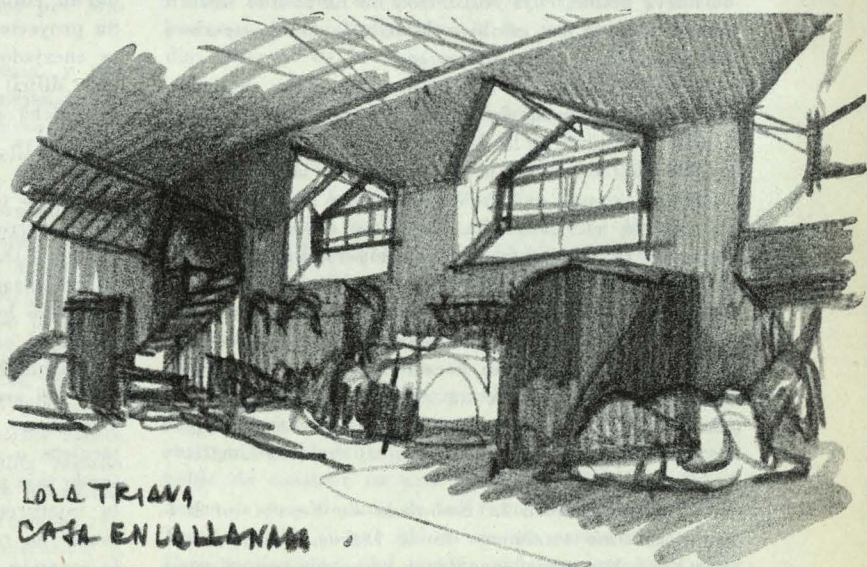
LOLA TRIANA
PZA TOROS



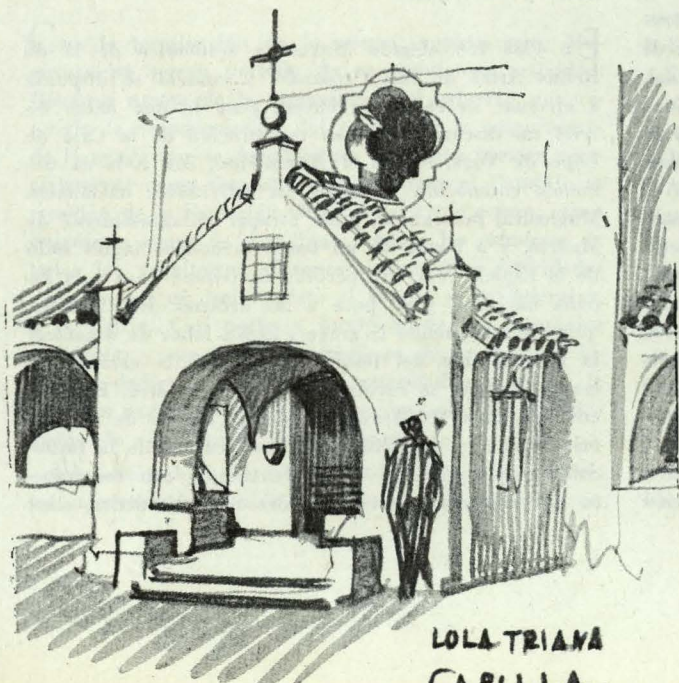
decorado hay una pared de ladrillo que no lo parece, o si una jácena carga sobre un hueco, a los espectadores, sin saber la razón, esto les parece falso.

Las películas, cada vez más realistas, exigen unos decorados que, aparte otras necesidades estéticas, deben ajustarse exactamente a la realidad.

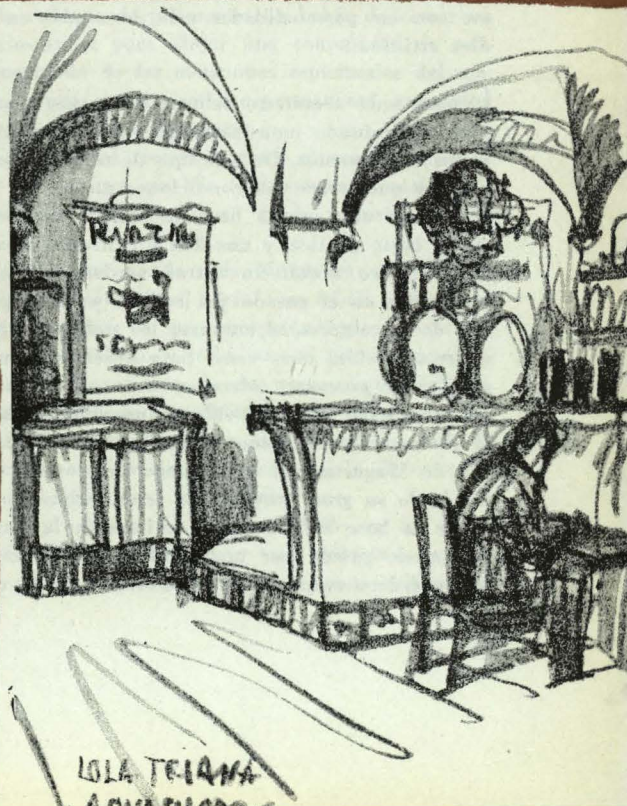
En una película, si un personaje representa un conde, o una pared representa ser de mampostería, para empezar, el actor debe parecerse lo más posible a un conde y la pared a una mampostería. Y luego ya se podrá ir hablando del argumento, interpretación y demás temas.



LOLA TRIANA
CAJA EN LALLANAN



LOLA TRIANA
CAPILLA.



LOLA TRIANA
AQUA...

los Hermanos Bécquer, hoy habitado por el embajador de Inglaterra.

Construyó también, en colaboración con Casto Fernández Shaw, el edificio y teatro Colisevm, notabilísimo ejemplo de aprovechamiento ingenioso de un solar difícil.

En cuanto a los monumentos realizados por Muguruza, su relación sería igualmente extensa. Desde el Monumento a Cervantes, en la Plaza de España, realizado en colaboración con Martínez Zapatero cuando Muguruza era todavía alumno de la Escuela, hasta su obra magna, el Monumento Nacional a los Caídos, pasando por los del Sagrado Corazón, en Madrid, Bilbao y San Sebastián; a la Inmaculada Concepción, en Sevilla; a Navarro Villoslada, en Pamplona; a Gil Bruno de Zavala, en Montevideo, la relación sería inacabable. En todos ellos dejó patente Muguruza la huella de su fuerte personalidad.

Fué arquitecto de las Academias, en las que realizó grandes reformas de ampliación y modernización, especialmente en la de Bellas Artes de San Fernando, en la de Ciencias, de la calle de Valverde, y en la de la Historia. Para esta última, y en colaboración con López Otero, dejó redactado un proyecto de edificio de nueva planta, cuya realización no ha podido llevarse a cabo todavía por cambios de criterio en la superioridad respecto a su emplazamiento.

No puedo dejar de referirme a las obras realizadas por Muguruza fuera de España. Quizá la de más profundo significado es la del hotel Alba, de Palm Beach, en Florida, a la que hay que agregar las residencias de Mr. Harriman, en Port-Washington, y la de Mr. Georges Moore, en California. En estas obras, Muguruza, inspirado en las construcciones camperas andaluzas, origen de la Arquitectura misional californiana, empleó hábilmente los elementos fundamentales del cortijo en cuanto a la agrupación de masas y al juego de contrastes entre los grandes paramentos, lisos y blanqueados, y la decoración de un elegante barroquismo concentrada en los sitios precisos, ayudada con el empleo de materiales típicamente españoles, como el ladrillo y la cerámica vidriada.

Construyó también la Embajada de España en Berlín, y reformó totalmente la de Lisboa. Internacionalmente fué Muguruza conocido y respetado, no solamente por sus obras, sino también por sus contactos directos con las personalidades más destacadas en los medios artísticos.

Como todo arquitecto selecto, Muguruza sintió siempre un profundo entusiasmo por las restauraciones de viejos monumentos. De este tipo de trabajo profesional, para el que, sobre las condiciones puramente técnicas, se precisa una amplia base de cultura artística, histórica y hasta poética, y una fina y cultivada sensibilidad, el verdadero arquitecto extrae verdaderos deleites al escudriñar en el pasado del edificio y en la personalidad de sus autores, al ancauzar los trabajos y proyectos de restauración, unas veces para desentrañar misterios, otras para procurar volver su traza al estado primitivo, otras para salvar la vida de un monumento a punto de perecer. La primera manifestación de las aficiones de Muguruza en este campo de nuestra actividad fué la de su gran proyecto de restauración de Sagunto. Sobre la base de las ruinas existentes, la fantasía de Muguruza, guiada por una sólida documentación, creó un verdadero monumento, desarrollado en la colección

más completa y expresiva de dibujos que pueden contemplarse. Desgraciadamente, muchos se han perdido; mas los que quedan son suficientes para dar una idea del genio de Muguruza.

Igualmente importante es su proyecto de restauración de San Jerónimo el Real, del que podréis contemplar algún dibujo en la exposición que, con alguna de las obras de Muguruza que ha sido posible recoger, se ha organizado en esta Escuela.

Con gran maestría realizó igualmente obras de restauración en las Cartujas del Paular y de Miraflores, así como en el Castillo de la Mota. En este terreno, quizá una de sus obras más características, y una de las que realizó con más cariño, fué la restauración de la Casa de Lope de Vega, en cuya paciente ejecución puso toda la minuciosidad del artífice enamorado de su obra.

Fundamentales fueron también las obras realizadas por nuestro compañero en el Museo del Prado. Con su intervención, alentada por el eficaz apoyo y fina sensibilidad de su ilustre director, señor Sotomayor, y del señor Sánchez Cantón, el edificio adquirió vitalidad nueva: lo amplió y hermoseó, y mejoró, hasta extremos que parecían imposibles, las condiciones de iluminación de un edificio no construido para Museo de Pinturas. Su proyecto de la escalera central está tan perfectamente encajado de traza, ambiente y disposición, que se hace difícil creer, para los que no están en el secreto, que dicha escalera no fué construida por don Juan de Villanueva.

Otro de los campos en que Muguruza trabajó con verdadero tesón fué el del Urbanismo. Desde el inicio de su carrera le atrajeron vivamente estos problemas, y realizó trabajos o concurrió a concursos, como los de la urbanización de la playa de la Victoria, en Cádiz, que ganó brillantemente; el de la de San Juan, de Alicante; el ensanche de Fuenterrabía, y tantos otros. Su indudable buen gusto y su innato sentido de la función del arte en la sociedad le llevaron al terreno del Urbanismo. Poco a poco, desde los aspectos puramente técnicos o artísticos de estos problemas, se fué interesando más por el aspecto social del Urbanismo, tal como lo interpretamos hoy, y la clara visión de su importancia en relación con la vida de la nación le llevó a la creación, cuando pudo hacerlo, de la Sección de Urbanismo en la Dirección General de Arquitectura, en la que se acometió el estudio de fundamentales planes en relación con la mayoría de las poblaciones españolas y marroquíes.

En 1935 fué elegido Muguruza académico de la de Bellas Artes de San Fernando, y cuando se disponía a efectuar su recepción oficial, para la que había escrito un discurso sobre su restauración de la Casa de Lope de Vega, surgió el Alzamiento, con toda su tremenda conmoción en todas las actividades nacionales. Muguruza, perseguido, pudo escapar milagrosamente de Madrid, y a bordo de un barco carbonero inglés salió de la España roja. Sin pérdida de tiempo pasó a la España nacional, y se puso a las órdenes del Caudillo, quien le encomendó la grave y ardua labor de organizar la recuperación del tesoro artístico de la nación, tan maltratado por la revolución y por la guerra. Empieza entonces para Muguruza una de las épocas de su vida más febriles y dramáticas. Dándose cuenta de la formidable responsabilidad de su función, y con ese ímpetu que siempre caracterizó todas sus actividades, elige

varios colaboradores leales y eficaces, y desafiando las dificultades de toda índole, los peligros, las incomodidades y las balas, se lanza, como un soldado más, al ciego cometido del objetivo encomendado. Su temperamento activo, nervioso e impaciente, no le permitía asistir sentado detrás de una mesa de despacho al espectáculo de la honda tragedia española, y muchas veces, tras de las tropas que iban recuperando el territorio nacional, y en ocasiones mezclado con ellas, acudía a los sitios en que juzgaba que su intervención podía ser más eficaz o necesaria. Así salvó, quizá de un total hundimiento, las torres de Teruel, la catedral de la Huesca sitiada y tantos y tantos tesoros del Patrimonio Nacional.

Podría escribirse un libro sobre las actividades de Muguruza en esta época turbulenta y gloriosa de la vida española y sobre la trascendencia que su heroica actuación ha tenido para la recuperación y salvación de los tesoros artísticos de nuestra patria, que, sin su audaz energía y sus sacrificios, se hubieran perdido quizá para siempre. Baste consignar la eficacia de su labor en la recuperación de los cuadros del Museo del Prado, que los rojos habían trasladado a Ginebra, así como la de los tesoros artísticos de Cataluña, depositados en el Trocadero de París, y también rescatados por Muguruza.

Volviendo un poco atrás en la cronología, y por tratarse de un hecho que tiene cierta semejanza con estas actividades de nuestro compañero, quiero relatar un episodio poco conocido, que pone de relieve la intrepidez y firmeza de su fe. El 11 de mayo de 1931 se produce en Madrid la triste y vergonzosa jornada de la quema de las iglesias y conventos. En aquellos momentos de terror colectivo, en los que la fuerza pública no tenía más misión que la de proteger a los incendiarios, Muguruza, conocedor de que en la iglesia de los Jesuitas, de la calle de la Flor, se conservaban los restos de San Francisco de Borja, se lanza, en compañía de otro admirado arquitecto, Mariano Serrano, a quien la circunstancia de haber probado en sus carnes el mordisco de las balas marxistas no había restado ni un ápice de su valor, se lanza, digo, entre las ruinas humeantes de la iglesia a la busca de los preciados restos. Tras de improbos trabajos logran recuperarlos, y, con las precauciones propias del caso, trasladarlos al domicilio de Muguruza, en donde han estado depositados hasta que, en fecha reciente, pudo hacerse cargo de ellos nuevamente la Compañía de Jesús.

Con la terminación de la guerra empieza para Muguruza un nuevo período de su prodigiosa actividad. Dándose cuenta de la inmensidad del esfuerzo que requería la reconstrucción del país y de la importancia de la ayuda que la Arquitectura tenía que prestar necesariamente a esa reconstrucción, propone al Caudillo la creación de la Dirección General de Arquitectura, como organismo capaz de coordinar y aunar los esfuerzos de todos los arquitectos, de encauzar nuestras actividades y de prestar un leal servicio al Estado y, en definitiva, a la Patria. Con perfecta intuición de los complejos problemas y con generoso abandono de sus propios intereses, dedica su desbordante actividad a crear de la nada un organismo del que solamente él tenía la clara visión de cómo había de funcionar.

Años de trabajo abrumador, en los que puso a prueba su energía incansable y sus formidables dotes de or-

ganizador eficaz. Esfuerzo gigantesco, no siempre bien comprendido ni agradecido.

Dependiendo de la Dirección creó la Sección de Urbanismo, a la que he hecho referencia. Creó igualmente el Centro Experimental de Arquitectura, cuya necesidad tanto se hacía sentir, y de cuya brillante eficacia todos tenéis pruebas, siendo de esperar que, cuando los poderes públicos comprendan la importancia que tienen sus actividades en la vida nacional, sea generosamente provisto de todos los medios que hoy le faltan.

Dejó terminado el proyecto de creación del Cuerpo de Arquitectos, en el que se sentaban las bases para la resolución de uno de los importantes temas tratados en la presente Asamblea, el de la "Arquitectura Estatal", y en el que se resolvía, a mi juicio, el importantísimo problema profesional de la Arquitectura Comarcal.

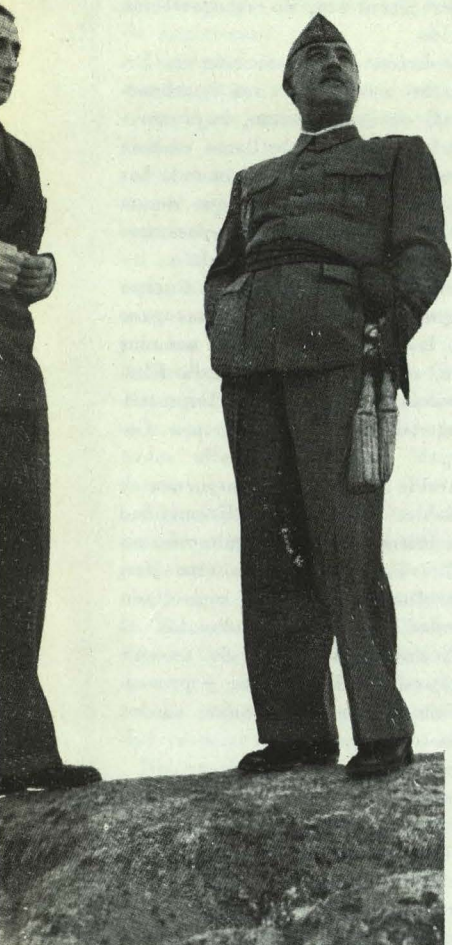
Otra institución admirable creada por Muguruza, y una de sus más entrañables obras, es la Hermandad Nacional de Arquitectos. Hermandad de Arquitectos, no Montepío, ni Caja de Ahorros, ni de Seguros, sino Hermandad, con todo el profundo y cristiano significado de esa palabra. Hermandad, por la que todos los arquitectos españoles dedicamos unas horas de nuestro trabajo al alivio, en lo posible, de tristezas y preocupaciones de los compañeros o de sus familias en los días amargos de la vida.

Premeditadamente he querido dejar para el final las palabras que han de referirse a la obra fundamental de Muguruza, en la que puso todo su entusiasmo y a la que dedicó las mejores energías de su espléndida madurez física e intelectual. Me refiero al Monumento Nacional de los Caídos, cuyas obras vais a tener ocasión de visitar. Cuando el Caudillo quiso elevar un monumento de carácter nacional dedicado a los caídos de la guerra de Liberación, encomendó a Muguruza la concepción arquitectónica de la grandiosa idea. Para su erección se eligió un ignorado valle, situado en uno de los recovecos de la sierra, llamado Cuelgamuros, corrupción indudable de Cuelga-moros. El monumento había de consistir en una gran cripta sepulcral labrada en la roca de uno de los riscos situados en el centro del valle, el que habría de ser coronado por una Cruz monumental, del tamaño suficiente para ser vista desde Madrid. A su espalda, y como terminación de una explanada rodeada de peñascales, se había de elevar un monasterio-cuartel para alojar una comunidad de religiosos encargada de las atenciones espirituales del monumento, y una guardia militar permanente, cuyo simbolismo no es preciso destacar.

En el ascensional recorrido entre el acceso principal y el pie de la Cruz, un Vía Crucis monumental había de jalonar las distintas etapas de la piadosa peregrinación.

A todo ello fué dando vida Muguruza con su portentosa imaginación y fácil lápiz. Con febril y apasionada actividad vertió en su concepción todos los frutos de su poderoso talento y todas sus, al parecer, inagotables energías. Consciente de su gran responsabilidad, tuvo que simultanear la agobiante tarea de crear y poner en marcha un organismo tan complejo como la Dirección General de Arquitectura, con la de concebir y realizar el gigantesco monumento.

Como si presintiera la proximidad de su fin, quiso ganarle la batalla al tiempo, y con actividad incansable, que producía pasma entre sus mismos colaborado-



Muguruza acompaña al Generalísimo Franco en una visita al Valle de los Caídos.

res y amigos, limitando su descanso a tres o cuatro horas al día y consumiéndose en su propio fuego, agotó su vida en el sobrehumano esfuerzo.

No pudo ver su obra terminada, pero sí lo suficientemente adelantada para que, con su avezada visión de arquitecto ejercitadísimo, pudiese llevarse a la otra vida la clara vislumbre de su grandiosidad.

Sé que, personalmente, no tengo autoridad para hacer propuestas. Pero en estos momentos, en que me considero en cierto modo portavoz de la Escuela de Arquitectura y de los arquitectos españoles, me atrevo a rogar a las autoridades que nos honran presidiendo este acto que hagan llegar al Caudillo una petición que considero ha de ser respaldada con el mayor entusiasmo por toda la profesión; y es que cuando el gran monumento haya de ser inaugurado, y hayan de trasladarse a su recinto sepulcral los restos de los caídos más significados, sean los de nuestro compañero Muguruza como un caído más en la lucha por los altos ideales de la Patria, a la que tanto amó, los que ocupen uno de los lugares de honor.

No quisiera terminar estas palabras sin hacerme eco del común sentir de todos los compañeros que tuvimos la suerte de convivir con Muguruza, y dedicar un emocionado saludo a la que fué su compañera fiel, colaboradora leal, apoyo firme en los momentos de lucha o desfallecimiento y abnegada enfermera durante los amargos años de su terrible enfermedad. Para ella nuestro sincero homenaje de admiración y de respeto, y el consuelo, si de ello ha de servirle, de hacerle saber que en los corazones de todos los arquitectos españoles el nombre de Muguruza ocupará siempre uno de los rincones más íntimos, como tributo al inolvidable compañero, al genial artista y al glorioso español que fué Pedro Muguruza Otaño.

Perspectiva de un monumento al Sagrado Corazón.

